

PRESENCIA DE JAVIER GOERLICH

Ante todo he de agradecer la deferencia de la Junta de Gobierno al designarme para, juntamente con don José Mora y Ortiz de Taranco, expresar los sentimientos de la Academia en este acto. Es un señalado honor que ahora me abruma. Por añadidura, la modestia de nuestro compañero, cuyas palabras a todos nos han conmovido, le ha llevado a abreviar su intervención, cuando es él quien, por su competencia, por su contacto personal y por linaje, cuenta con los más auténticos títulos para glosar la figura de nuestro llorado presidente. Ningún título puedo yo aducir para sucederle en este instante; tan sólo soy uno de tantos —que en esto no cabría distinción entre nosotros— para seguir dando testimonio de nuestra pesadumbre y manteniendo su memoria. Las preces que acabamos de ofrecer por él quizá debieran ser el punto final de esta sesión; pero, ya que seguimos hablando todavía unos minutos, que aquellas palabras y estas preces nos den el tono.

Por insignificante que un hombre parezca, por anónima que haya sido su vida, la muerte viene siempre a revalorizarlo, es decir, a recordarnos su valor. Dicen que suena entonces la hora de los elogios; la que suena es la hora de la verdad y de la justicia. Solemos ser reacios y tardos para valorar a los demás, tanto que algunos monumentos a la memoria de ciertos hombres —en el mundo del arte y de las letras esto es frecuente—, algunos monumentos, digo, más que por la estricta admiración, parecen levantados por el remordimiento. Incluso en la vida cotidiana andamos olvidándonos de gentes que, en muriendo, nos obsesiona su recuerdo. Pues bien, ¿qué no ocurrirá con aquellos hombres cuya valía habíamos reconocido ya en vida, y a cuyas virtudes tuvimos claras pruebas y a quienes el afecto fue vinculándonos jornada tras jornada?

Yo no tengo competencia para hablar de Javier Goerlich arquitecto, porque la arquitectura es técnica, y el mundo de la técnica, para mí, es un mundo misterioso —nunca me he podido explicar cómo una casa de más de dos plantas se mantiene en pie—, y porque la arquitectora es arte, y yo no soy artista, sino una especie de bobalicón de las artes, que nunca pudo pasar de ahí, del embobamiento balbuciente. Pero veo a Javier Goerlich destacado en un momento decisivo de la transformación de Valencia; más exacto, lo veo como uno de los hombres decisivos de ese momento, y pienso que esa comprometida misión hubo de tener sus glorias y sus penas: que siempre, al cabo, será más interesante que pasar sin pena ni gloria. Le veo en la Universidad, donde fue —lo dije ya aquí el día que tomó posesión de la presidencia— algo así como el arquitecto de cabecera, a quien, tras habernos curado de muchas heridas de guerra, seguíamos recurriendo para los mil achaques de estos edificios donde parecen irremediablemente unidas la gloria y la ruina. Le veo luego en la presidencia de nuestra Academia, preocupándose de Valencia constantemente, infatigablemente, sin perder los estribos, como buen caballero, y desde mí desaliento temperamental, desde eso que en valenciano decimos *poca espenta*, sigo admirando aquel aliento suyo, aquella juventud de octogenario, aquel modo de ejercer el cargo: de ejercerlo, que es cosa bastante más ardua que ostentarlo.

Sí, se dice pronto, pero era, por esencia, presencia y potencia, arquitecto. Tenía ímpetu constructivo y una sensibilidad abierta a todas las llamadas del arte. Tampoco voy a aventurar futuribles ni a aventurarme por los secretos de su personalidad, pero tengo para mí que su rigor de arquitecto debió de mantener en él a raya muchas sollicitaciones

y tentaciones y de mantener muy recóndita su sensibilidad artística. «Cuanto no participa un poco de la arquitectura —solía decir Eugenio d'Ors—, se desvanece como el humo.» La arquitectura exige una disciplina allende la pura inspiración, y no digamos ya allende la crispación personal o la delicuescencia. Si, ya sé que también la escultura, o la pintura, o la música tienen esa exigencia; pero diría que soportan sus fallos con mayor lenidad, o quizás más exactamente, que esos fallos encuentran en la crítica más cómplices... La arquitectura responde a un clima colectivo que el arquitecto no puede ignorar nunca. Cuando se habla de las relaciones entre arquitectura y urbanismo, uno piensa en ese tipo de arquitecto *urbano*, urbano en todas las acepciones del vocablo, que tiene la suprema elegancia de olvidarse un poco de sí mismo.

Comprendo que el dictado de «elegante», por sufrido, ha degenerado en nuestro tiempo; aunque parece ser que ya en el de los Santos Padres fue puesto en cuarentena. Pero razón de más para rescatar su noble sentido. Y entonces quizá es el que mejor le cuadra al hombre que fue Javier Goerlich. Era elegante y espléndido. Debe de haber un anecdotario de esplendideces suyas, de muestras de su gran estilo, de lo que significaba su amistad con algunos artistas, que conocerán muy pocos. Pero las que no pudieron quedar secretas bastan sobradamente para que nosotros, de un modo especialísimo, la Academia y el Museo, exaltemos su memoria. La memoria de los dos, su esposa y él, porque fueron los dos quienes se nos mostraron unánimes en el desprendimiento, como se nos mostraron en el vivir y... en el morir.

Un poema muy conocido de José M.^a Pemán, *Soledad en la muerte*, ha glosado con patética sencillez lo que supone la separación cuando hubo auténtica unión y esa suprema soledad del tránsito:

*Hay que morir sin compañía...
esposa mía y compañera:
tuya es mi vida toda entera,
¡pero mi muerte es sólo mía!
... Dos vidas viven un anhelo,
¡pero no hay muertes para dos!
... Toda mi vida ha sido nuestra,
¡mi muerte es mía nada más!*

Sí, es personalísimo el trance de la muerte. Pero —el propio poeta lo ha sabido después— hay muertes para dos. Si amar a alguien es, como ha dicho otro poeta, situarle dentro del *siempre* de nuestra vida; si amar a alguien, seguiría yo diciendo, es necesitar de su vida para vivir, será impresionante, pero natural, que quien se queda se quede ya doblemente desterrado, presto a despegar, «medio lado comido por la ausencia». Lo que aquí, al cabo, resulta impresionante no es la muerte, sino el amor.

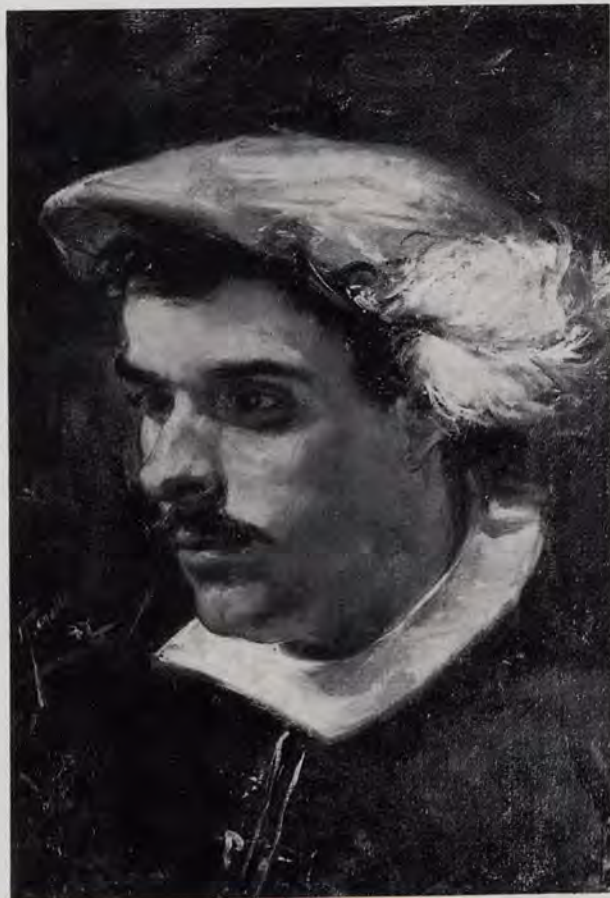
Nuestro compañero Mora ha subrayado lo que significó el mecenazgo de los esposos Goerlich-Miquel. Yo no voy a intentar comparaciones con los mecenas clásicos, pero sí quisiera a mi vez subrayar, sin restarle méritos a nadie, que el mecenazgo del ciudadano particular ofrece otros quilates que el de quien manejó caudales públicos, y revela un desprendimiento singular. Creo que encaja aquí, como a la medida, un texto de Vitrubio en *De architectis instituendis*, que vale la pena transcribir porque él sólo se comenta. Habla Vitrubio de lo que supone para la perfección del arquitecto el estudio de la filosofía —el estudio de la filosofía en su

amplio y profundo sentido—, y dice literalmente: El arquitecto «debe poseer un alma grande y valiente, sin arrogancia, equitativa y fiel y, lo que es más importante, exenta de toda avaricia, pues es imposible que sin fidelidad y sin honor se pueda hacer nada bien. No debe, por tanto, ser interesado, y todavía menos soñar en enriquecerse, sino en alcanzar honra y reputación por su trabajo, sin hacer jamás nada indigno de una profesión tan honorable».

Ahora bien, hay desprendimientos relativamente fáciles, y en un ambiente como el nuestro de la Academia no necesito ni intentar demostrarlo. Es fácil desprenderse del dinero cuando se vive de ideales y cuando, además, se cuenta con cierto margen de seguridad y holgura, y de algún modo se ha cristianizado el *Beatus ille* horaciano. Pero desprenderse, al declinar la vida, de obras de arte, que muchas de ellas tenían su vinculación cordial a insignes recuerdos, es como un desmantelamiento que exige una decisión heroica. Cuanto más refinado, más necesita entonces el hombre seguir apoyando la mirada en la belleza que estaba habituado a contemplar, y el desprendimiento aquí ya no afecta a la mera propiedad, sino al propio ser.

Todo esto bastaría sobradamente, digo, para perpetuar acá su memoria. Pero perpetuar nuestra memoria acá, inmortalizarnos entre los mortales, es puro espejismo. Como también, de pronto, parece que el anhelo de eternidad se cifra y contentaría con la mera supervivencia terrenal, y luego advertimos que una eternidad sin Dios acabaría por abrumarnos, como abrumaba a ciertos filósofos gentiles. También esto lo sabía Javier Goerlich, y lo fue madurando en su espíritu, y este sentido de lo eterno hubo de ser, sin duda, uno de los resortes de su perenne juventud. No olvidemos que Dios es, sin comparación posible, el más joven de todos nosotros. Maragall expresó un día con cristalina ternura este rejuvenecimiento que al cabo responde a aquel renacer que el Evangelio propone y a aquel sentido profundo de la alegría que la liturgia de ayer nos hacía recordar siempre al comienzo de la misa: Dios es eternamente joven y la alegría de nuestra juventud: «... *I s'entristeix i diu que és vell?... Què vol dir fer-se vell? És el cos qui es fa vell, però, mentrestant, l'esperit —que encara ha de nàixer— va madurant sa naixença. ¿No es sent vosté més ric d'ànima que no pas a vint anys i a trenta? I encara a seixanta, si hi arribem, en quina altra regió més alta, més serena, més pura hem de trobar-nos! I després!... ¡Quin pasme, quina meravella quan naixem de la nostra mare a la llum d'aquest món, si ens en recordéssim! ¡Quin pasme, quina meravella, quan sortirem d'aquest claustre del cos a un altre món!*»

Javier Goerlich sabía lo que es la muerte como ofertorio supremo y como renacimiento. No, no hay muertos: hay hombres que vivimos todavía acá y hombres que viven ya allá, donde hay que vivir, y cuya ausencia se nos convierte



«Estudio», por Joaquín Sorolla, integrante de la colección donada por los esposos Goerlich-Miquel.

en una presencia ideal. Esta presencia de la que todos nosotros estamos dando ahora testimonio y que también yo quisiera que siguiéramos subrayando con nuestro silencio.

JOSE CORTS GRAU